

Red ciudadana tras el 11-M

Cuando el sufrimiento no impide pensar ni actuar

*Por Guillermo Rendueles
Abril de 2008*

Los Dos Misterios es un famoso de Magritte. En él que se ven dos pipas con un epígrafe que afirma: “esto no es una pipa”. Algo parecido sentí al leer el libro *Red Ciudadana Tras el 11-M* que es evidentemente un libro, primorosamente editado en varios colores para facilitar la lectura separando la documentación sobre los atentados del 11-M y la narración central del libro, organizado en torno a nueve entrevistas a personas con vidas rotas por la barbarie y parcialmente rehechas gracias a las solidaridades construidas en la Red de Víctimas del 11 de Marzo.

Pero no es un libro al uso: carece de autor, mezcla relatos de cuidadores y cuidados, no formula tesis ni conclusiones y, por si fuera poco, se publica cuando el consenso de nuestro aparato político-cultural se conjura para olvidar el atentado del 11-M. Resulta de ello un texto polifónico donde lo común a su autor múltiple, las vivencias traumáticas por las pérdidas del 11-M, se enriquece por lo diverso de las biografías previas y las diversas capacidades para elaborar y tratar de superar el duelo.

Y es por eso un libro absolutamente necesario porque, como dice Reyes Mate en otro texto¹ en que pide justicia para las víctimas del terrorismo, en ese pasado sufriente residen unos “saberes y unas memorias” sin los que la historia será una vez más un relato mutilado y edulcorado que instaura un régimen de amnesia sobre el dolor para permitir un final feliz de nuestra reciente historia. Compartir el panglosismo permite imponer un consenso perverso para tratar el dolor y la memoria de las víctimas con las aguas de Leteo y tras un corto tiempo en que ese dolor sirve de noticia periodística o suministra argumento para las broncas políticas, se le reduce a lo íntimo y se cancela cualquier significado social.

Freud es, dentro de ese consenso en favor del olvido del dolor colectivo, el autor que prescribe con mayor pragmatismo la necesidad de desinvertir los afectos que se tenían en los muertos para volver a invertirlos en los vivos. Perseverar en mantener al muerto en el centro de nuestra memoria más allá de un año, sería para Freud un síntoma de duelo patológico y, por ello, expresión de una estructura de personalidad cercana al masoquismo moral. La personalidad sana del freudismo, como el buen inversor de bolsa, sabe olvidar los objetos muertos para dejar libre ese querer y reinvertirlo en nuevos objetos libidinales que puedan devolver los afectos como si de bonos del tesoro se tratara.

Una sinopsis de esa identificación entre salud mental y capacidad para aceptar lo transitorio de nuestros sentimientos es resumida por Freud en un corto e ilustrativo

¹ Justicia de las víctimas Antropos Barcelosna 2008; se trata también de textos inspirados por u coloquio de filósofos ,poñíticos y víctimas que converge en algunos aspectos con el texto que comentamos.

artículo que titula “Lo Perecedero”². En él narra sus vivencias de plenitud durante un paseo con un joven poeta –en realidad Rilke- en un día de primavera particularmente hermoso justo al fin de la guerra mundial. En la incapacidad de Rilke para gozar del esplendor de lo dado –por ser efímero- o de olvidar las tristezas por las víctimas del reciente desastre guerrero y vivir la plenitud del presente, ve reflejado Freud la predisposición melancólica que en Román Paladino quiere decir la imposibilidad para suscribir “el vivo al pollo y el muerto al hoyo”. Obvia conclusión del relato es que Rilke prefirió seguir sufriendo sus neurosis a embarcarse en una psicoterapia con un sabio que así pensaba sobre la normalidad.

P. Aries confirma, desde la investigación histórica, la convergencia y el éxito del moderno higienismo en esa tarea tanto al convertir la muerte en algo obscuro y reprensible como en embotar la memoria de los muertos. Frente a la visibilidad de la muerte en los hogares de antaño o del cementerio al lado de la iglesia, su confinamiento y represión en los espacios que Foucault llama heterotopías (hospitales, cenizas dispersadas en ningún lugar), marca la destrucción de las viejas solidaridades para compartir socialmente el duelo.

Reyes Mate critica por otros caminos ese tópico panglo-progresista: los millones de víctimas que la marcha hacia delante de la historia ha exigido son insignificantes tributos al progreso y recordarlos fuera de los rituales consensuados en los lugares de la memoria oficial es patetismo reaccionario. Reyes Mate actualiza al tratar “el deber de recuerdo a las víctimas” en favor de Benjamín su polémica con Horkheimer sobre nuestras obligaciones con las víctimas de la historia: sin la memoria de los muertos y la voluntad de hacerles justicia en el presente que nos pedía Benjamín, perderemos a la vez la cita con la historia que ellos nos pasaron y “la débil fuerza mesiánica que cada generación tiene para cumplir la utopía del pasado”. Sin esos dos apoyos nada nos librará de hundirnos en la conciencia infeliz de constatar que aunque realicemos una sociedad justa, ello no reparará la injusticia del pasado con las víctimas que la forjaron. Reparación de la injusticia que viejo Horkheimer se obligó a buscarla en un lugar radicalmente otro.

La banalidad dominante en el imaginario español ha permanecido ajeno a esas exigencias de justicia con las víctimas y de cómo elaborar un duelo colectivo. El trauma y la solidaridad inicial del atentado en el psiquismo colectivo fue rápidamente tapado por el ruido del espectáculo político. La negligencia afectiva de la multitud, incapaz de confrontarse con una crisis moral y un drama de tal magnitud, se conformó con el esquema maniqueo-político del amigo-enemigo, expresado en esa pregunta atroz que alguna vez se dirigió los autores de este libro: ¿de qué víctimas sois? ¿del PP del PSOE? Contra todo eso va este libro que trata de rescatar ese dolor del intimismo para devolverlo a la memoria colectiva y así probar a enfrentar la muerte desde lo común.

En un texto articulado como un palimpsesto los distintos autores de *Red Ciudadana Tras el 11-M* se cuentan y nos cuentan cómo enfrentan la desolación e indefensión que todos sentimos ante la calamidad colectiva que trajo el atentado. Cómo al sentir el dolor de las víctimas, algunas buenas gentes empezaron a padecer-con, y de ese ejercicio de

² Freud S Lo Perecedero Obras Completas Tomo III biblioteca Nueva

simpatía y aproximación a los familiares surgieron unas redes informales donde el sinsentido de la violencia se transformo en solidaridad.

Ante la muerte de los otros cercanos, algo despertó en la subjetividad colectiva de lo que luego sería la Red Ciudadana, la necesidad de juntarse, de ejercer la simpatía frente a la desolación que lo inimaginable del horror imponía, y desde ese condoler aportar una especie de transfusión afectiva a los supervivientes que les hizo salir de la indefensión e ir adquiriendo a trancas y barrancas una potencia que les está permitiendo volver a tejer lazos sociales y poder vivir con esa dolorida memoria.

Esta simpatía y esta aproximación espontánea que crea la Red logra resaltar lo ambiguo e inoperante de la acogida profesional que desde el principio se ofreció a las víctimas. Una visión tecnológica del drama, con luchas de poder entre las organizaciones de voluntarios, unas actuaciones que en algunos casos invadían la intimidad de las familias que preferían elaborar su dolor en soledad y no con un psicólogo desconocido y en otras burocratizaban el horror del reconocimiento de las víctimas con los protocolos que se habían empleado en otras catástrofes (en el texto, la figura del hombre del magnetófono resulta dantesca).

En algunos relatos biográficos del libro, el saber hacer de la Red Ciudadana que brota de las capacidades populares del consuelo, contrasta la vivencia de lo burocrático de la ayuda psicológica profesional ofrecida por los Centros de Salud Mental que de nuevo aplica protocolos estandarizados: tras ser dada de alta por el servicio de salud mental al año, una de las víctimas, relata cómo debe seguir otra terapia tradicional más allá del tiempo de duelo protocolizado. Y más sugerente aún el relato de cómo hacer el Camino de Santiago permite a un viudo redefinir su dolor y por primera vez en su vida salir de una individuación forzada, colectivizando sus vivencias en el seno de la red y verse, sin saber bien cómo, saliendo del caos cognitivo que su pérdida le había producido.

Conmueve también en el libro la capacidad del sentir-con espontáneo de algunas personas para imaginar y ofrecer consuelo con lo común, con lo que a nadie pertenece: el paisaje de Gredos o los olivares de Baeza supusieron marcos nuevos de reunión para la Red donde las vivencias de pérdida pudieron ser colectivizadas y empalabradas de manera que el dolor fluyese sin estancarse al repetirse en un mismo escenario ciudadano..

Algo de recuperación de la sabiduría para enfrentar la muerte quiero ver en este libro. Enfrentar la muerte fue para el pensamiento clásico una de las angustias maduradoras. Frente a la existencia trivial, contemplar la muerte convierte a la vida en algo serio, obligaba a valorar bien el tiempo que nos es dado. Visualizar y hacer público ese proceso fue una rutina educativa del pasado del que nos dan noticias relatos tan distantes como las actas notariales de los testamentos o los relatos autobiográficos sobre la maduración personal tras acompañar una buena muerte.

El arte de consolar fue atribuido al sabio estoico, que lejos de encontrar el sentido de la muerte en alguna teodicea, se obligaba a hacer circular ese dolor por los diálogos amistosos, para desde esa condolencia crear una comunidad donde continuar la

humanización que la muerte parecía cancelar. En esa corriente de pensamiento, este libro logra, no dar sentido a lo que no lo tiene –la violencia ciega, el fanatismo, el daño, la pérdida- sino narrar cómo se forjaron desde el mismo 11-M unas estructuras de acogida donde el consuelo hace posible que el dolor no se congele en el absurdo de los hechos. Se dice que una psicoterapia empieza a tener éxito cuando tanto la amnesia sobre los años de la infancia familiar o las versiones oficiales de la historia familiar -la novela familiar- se ven substituidas por un relato más veraz construido desde los aportes de las memorias individuales. Algo de eso creo ver en el comunicado leído por Pilar Manjon ante la Comisión de Investigación del 11-M: frente a la confusión de las versiones políticas o mediáticas sobre la autoría del atentado, las memorias parciales de las víctimas, colectivizado por la Red, fue hilado en un relato común que, al ser expuesto en publico, sirvió de contención a la confusión individual o las paranoias alentadas desde los medios.

Este libro se constituye, por lo mismo y quizás sin quererlo, en un imprescindible texto de historia en el sentido que Benjamín la exigía: “la historia no es solo una ciencia sino también y no menos una forma de recordación. La recordación puede modificar lo que la ciencia da por definitivamente establecido. La recordación puede convertir lo clausurado (el sufrimiento) en algo no clausurado”³. Los autores, al escribir en este texto contra la panglosismo histórico y psicoterapéutico, logran a la vez un objetivo justo y terapéutico. Cuando varios de los participantes en la Red se preguntan cómo seguir ocupándose de lo cotidiano, como cruzar una calle para alejarse de casa tras haber sentido que una bomba cancela los proyectos de vida más normales, al hacer comunidad de memoria y sentimiento, ellos mismo se responden: cultivando la memoria colectiva los vivos recogen la cita que los muertos nos dejaron y al hacer que sus voces aún resuenen, que sus proyectos se cumplan ahora aunque ellos ya no estén, nos permiten vivir sin rendirnos al abatimiento.

³ Tomado de Reyes Mate: Medianoche en la Historia .Trotta Madrid 2006